

De Buenas Letras

Porque eres, a la par, uno y diverso

WENCESLAO-CARLOS LOZANO

Este es el villaespesino título de un grueso volumen de estudios literarios y teatrales en homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros, editado por Antonio Chicharro y la Universidad de Granada: una enjundiosa aportación a la suma de honores académicos brindados esta primavera al catedrático emérito de nuestra Universidad con motivo de su jubilación. ¿En qué tan señalada manera de ser único y diverso? Yo diría que la diversidad remite a la profusión –y excelencia– de actividades llevadas a cabo durante más de cuatro décadas; y que la unicidad alude a las cualidades que adornan a nuestro hombre: afabilidad, clarividencia y generosidad moral, brillantez y honestidad crítica, y nulo atisbo de esa pedantesca y altiva presunción que damnicifica a tantos intelectuales antes de haberse ganado el debido respeto. Y es que la sabiduría es otra cosa y está en otra parte. Esto es algo que se viene diciendo desde antes de que Dios es Cristo pero que hay que seguir recordando, porque así es la condición hu-

mana y ahí es dónde se acredita nuestro quehacer.

He tenido la fortuna de ser secretario general durante sus cuatro años de presidencia de la Academia de Buenas Letras de Granada de la que hoy es Presidente de Honor; o sea, un colaborador en lo tocante al buen gobierno de una entidad adolescente y ocasionalmente revoltosa integrada por los más destacados valores de las letras granadinas actuales, amén de un rosario de no menos relevantes miembros correspondientes de otras ciudades y países. Dicho esto, no me canso de repetir que si bien son todos los que están, nunca estarán todos los que son, porque la buena literatura no requiere de academias para narrar lo inenarrable y dar voz a lo sin voz, que somos casi todos.

Cuatro años despachando con él; es decir, organizando juntas y actos públicos, homenajeando a ilustres desaparecidos, planificando actividades, tomando decisiones, archivando una valiosa documentación, consignando en actas y cartas el intramundo aca-

démico, a veces arbitrando desencuentros entre compañeros... Un tiempo sobrado para conocer a quien se tiene al lado y comprobar lo que todo el mundo sabe ya. Para el caso, su afectuosa entrega a esta Academia a la que supo dar esplendor cuando le tocó presidirla, con ese sentido de la responsabilidad y esa efectividad de la que solo son capaces quienes creen realmente en lo que hacen.

Engorrosas gestiones administrativas, apresurados vaivenes por el centro histórico, con sus pausas café-pitillo y sus fugaces contactos con los burócratas de turno, reuniones, debates y discusiones, jurados de concursos literarios, compromisos y cordial colaboración con las instituciones públicas, almuerzos de confraternización. Y, cómo no, recurrentes desesperos ante los retrasos de las subvenciones y las urgencias de los pagos pendientes. Pero inaccesible al desaliento, siempre comedido –y por ello acertado– en sus resoluciones y juicios, ajeno a la fácil inyectiva y a la vulgar desconsideración. Un hombre de bien tal como lo diseñara Voltaire en su ‘Catéchisme de l’honnête homme’; o sea, una rara avis en estos convulsos tiempos en que tanto escasean los intelectualmente aptos para asistir con los ojos abiertos y la mente serena a tan formidable cambio de era. Con su elegante desenvoltura, Antonio nos ratifica que se pueden hacer muy bien las cosas pero que quedan mucho mejor hechas cuando prima lo dicho por Buffon en 1753, precisamente en su discurso de ingreso en la Academia Francesa: «Le style est l’homme même».